

SABADO

con estilo

Cine



El doctor Robert Ledgard (Antonio Banderas) contempla a su creación, Vera (Elena Anaya), en *La piel que habito*.

LA PIEL QUE HABITO
Dirección: Pedro Almodóvar. Con: Antonio Banderas, Elena Anaya, Marisa Paredes, Jan Cornet, Roberto Álamo. 117 minutos.

La piel que habito

Por Ascanio Cavallo

Este no es un melodrama, como la mayoría de las películas de Almodóvar. Está más cerca de ser la primera aproximación del cineasta manchego al género del terror, en esa larga tradición que va desde Frankenstein hasta David Cronenberg. Como las mejores cintas de este último (*Mortalmente parecidos*, *Crash*), *La piel que habito* se mete en la espinosa relación de la biología con la conciencia, la sexualidad con la mente, el cuerpo con la ciencia.

El relato se inicia *in media res*. Una joven, Vera (Elena Anaya), está encerrada en una gran mansión de Toledo, con una malla de color carne que sugiere un tratamiento

médico. Y en efecto, el doctor Robert Ledgard (Antonio Banderas) la está sometiendo a sucesivos trasplantes de piel, con un tejido más resistente que el humano.

El doctor Ledgard es un clásico del cine de terror: un científico obsesivo, meticoloso, concentrado en sí mismo, indiferente a la suerte de sus cobayas e inmune a las nociones éticas. Un pequeño dios que sólo sirve a sus propios designios, aunque siempre tiene una excusa de apariencia moral: en este caso, su mujer ha muerto quemada en un accidente y él se propone reparar esa debilidad creando una piel, digamos, incombustible.

La joven está siendo transformada en una forma mucho más

profunda que la de la sola piel. Es víctima de una inmensa equivocación del doctor Ledgard y no sabe lo que realmente ocurre hasta que ya es demasiado tarde. Como muchas otras víctimas del cine de terror, sólo desea escapar de su cautiverio y esa desesperación la induce a aceptar cosas que resultan peores que las de su condición. No se puede contar mucho más: parte de la estrategia de la película es iniciar la reconstrucción del pasado a los 45 minutos, lo que es esencial para el cambio de perspectiva que forma parte del significado del relato.

El secuestro no es la única violencia de esta película. Hay también violaciones, incendios, golpizas y una impresionante cantidad de muertes, el mayor número que se haya visto en una película de Almodóvar. Y hay, por fin, uno de esos catálogos de monstruos que pueblan las imaginaciones góticas:

la empleada Marilia (Marisa Paredes), cuya relación de lealtad con el doctor esconde un secreto terrible; Zeca (Roberto Álamo), fugitivo de la policía con un disfraz de tigre que lo convierte en una bestia sexual; la esposa de Ledgard, víctima de una muerte espantosa; la niña Norma (Blanca Suárez), discapacitada y luego traumatizada; el joven Vicente (Jan Cornet), encadenado en una cueva sin comida ni agua.

Pero nada de esto sobra, nada es arbitrario, nada innecesario. La imaginación gótica, igual que la melodramática y la camp, utiliza el exceso para abordar las grandes encrucijadas humanas: la vida, la muerte, la pasión, el dolor, la locura, el miedo, el error, el mal. De todo esto habla *La piel que habito* y si no es la mejor película de Almodóvar, está entre las grandes, no a pesar de sus excesos, sino gracias a ellos. S